

*Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impresos. Ahora nuevamente añadido y enmendado. Año 1604, edición facsímil y estudio de Antonio Carreira, México, Frente de Afirmación Hispanista, 2018, 2 vols., 1404 págs.*

JOSÉ LUIS EUGERCIOS ARRIERO

*George Washington University (Madrid Study Center · UAM)*

---

La edición que traemos es, en el propósito declarado de su autor, la obra que vendrá a cerrar una trayectoria de medio siglo dedicado a la edición y crítica de textos áureos. Así, al menos, nos ha llegado, aunque confiamos en que no pare todavía la labor de Antonio Carreira, quien cuando estas páginas entran en prensa viene de demostrar, en una lección magistral impartida con motivo del reciente homenaje que le ha rendido la Cátedra Góngora de la Universidad de Córdoba, que se encuentra todavía en disposición de seguir acrecentando el caudal de su legado. Medio siglo, decimos, lo contempla, y Carreira no necesita a estas alturas presentación alguna. Vaya tan solo que, en nuestra opinión, bien probablemente haya sido el mayor conocedor de la poesía de nuestro Siglo de Oro desde José Manuel Blecua, padre, con el permiso de Pablo Jauralde; y que pocos como él han hecho tanto por nuestro conocimiento del romancero desde don Antonio Rodríguez Moñino, esta vez con el permiso de Labrador Herráiz. Recuérdese,

sin ir más lejos, su magna edición de los romances de Góngora que vio la luz en 1998, fruto de la tesis doctoral que le había dirigido López Estrada, y que más de dos décadas después nos sigue pareciendo el trabajo más exhaustivo, pulcro y riguroso de ese corte que conocemos.

Citábamos a Rodríguez Moñino, cuya edición facsimilar de las *Flores* sigue siendo a día de hoy el punto de partida necesario para cualquier aproximación al Romancero Nuevo. Similar sucede desde ya con esta del *Romancero General* de 1604, por más que el original esté disponible para el gran público en Internet y los facsímiles puedan parecer cosa de otro tiempo. Sobre el mismo particular ha llamado la atención Gómez Canseco, en reseña anterior a esta nuestra y publicada en el número 15 (2019) de la revista *Etiópicas*, para concluir que «no es lo mismo ver imágenes en sucesión sobre una pantalla que tener entre las manos el libro con la reproducción de un original y disfrutar de una experiencia pareja a la de los



lectores del siglo XVII». Siendo cierto, añadiremos dos bondades más del que nos ocupa: la incuestionable honestidad filológica de Carreira y su agudo estudio preliminar, que viene a completar ese valiosísimo aparato crítico puesto en apéndice. Respecto a lo primero, no es halago gratuito, porque el lector cualificado conoce que hay facsímiles y facsímiles y que alguna vez el editor mete mano y enmienda con desigual fortuna. Cuando se trata de Carreira, no cabe sombra de duda, siquiera por la trayectoria que lo avala: nos da a leer lo que se leyó. En lo segundo nos tendremos un poco más.

El estudio preliminar ocupa las primeras 125 páginas del primer tomo y se dirige más bien a especialistas, como la obra en sí, aun cuando por su lectura amable será de provecho para el lector medianamente interesado. Se trata de una revisión crítica de la historia del Romancero Nuevo que vuelve, para matizarlos, sobre algunos lugares comunes bien asentados referidos a su raíz histórica o autobiográfica, con especial atención al caso de Lope y el género –que prefiera llamar subgénero– morisco. A este propósito, vuelve a cuestionar, no es la primera vez que lo hace, que hubiera aquella edad chimográfica de la que hablaba Pidal en expresión que, ciertamente hizo fortuna; y re-

comienda andarse con mucho tiento a la hora de aventurar atribuciones sobre la base siempre escurridiza de alguna supuesta reiminiscencia vital o sentimental. De lo contrario, daríamos en cargarle casi todo el romancero morisco, y no muchos menos romances pastoriles, a Lope, como hizo González Palencia, a quien Carreira no cita entre los varios críticos y antólogos que han incurrido en tal exceso. Y es que ni romances de similar asunto «pertenecen por fuerza al mismo autor» (pág. 41) ni los imitadores tenían por ello que ser necesariamente malos poetas; a veces, antes bien, lo contrario. Aparte de que, añadiremos, seguramente este juego de imitaciones y contrafacciones contribuyó a la mayor boga del género. A su mayor boga y, cuando la moda comenzó a cansar y cundieron las parodias y sátiras, a su ocaso. Es cuestión, esta de la disolución del género morisco, que sigue sin esclarecerse y por la que ya nos hemos interesado en otra parte, donde intentamos justificar que se debió al cansancio más que a factores de índole racial o política. En este punto, Carreira cita sin refutarla la bien conocida opinión de Pidal, para quien mucho tuvieron que ver los decretos de deportación masiva de los moriscos promulgados a partir de 1610. Ni la refuta ni hay lugar ahora para

dirimir el asunto, pero concede que el género ya se había «consumido en su propia salsa desde mucho antes» (pág. 42), imagen que se nos hace especialmente atinada; y que los altibajos en su calidad contribuirían a esa fatiga que denuncian las sátiras mauróforas (pág. 48). Llama la atención, sin embargo, sobre algo que frecuentemente pasamos por alto, y es que el cansancio por parte de los romancistas no implica necesariamente que la moda perdiera pujanza entre los lectores: se explica así que el *Romancero General* siga editándose, pleno de romances moriscos y en tiradas presumiblemente largas, hasta 1614 (pág. 42).

Hasta aquí lo que no dejan de ser consideraciones más bien generales, aunque agudísimas, sobre el *Romancero Nuevo*. Con el apartado cuarto se abre un deslumbrante ejercicio de filología positivista, que diría el propio Carreira, y que comienza con la historia del texto, su transmisión y sus fuentes. Este cuarto epígrafe se dedica a la procedencia de las trece partes, y la *Trezena* merece todo el quinto, que parte de la hipótesis propuesta por Rodríguez-Moñino de que tuvo que haber una *Flor* 13<sup>a</sup> salida de molde en 1604 en Zaragoza (pág. 89), a la que habrían ido a parar, entre otros, los romances del desaparecido segundo *Manojuelo*

(1603). Así, un total de ochenta de Lasso integran el *Romancero General* de 1604, lo que obliga a replantear esa tendencia habitual de situar al madrileño en las márgenes del *Romancero Nuevo* (pág. 91). Nos sigue pareciendo que sus romances no acaban de asimilarse al canon instaurado por Lope y sus émulos pero, con los números en la mano, la afirmación de Carreira resulta difícil de refutar. Vistas las fuentes se mete ya a desbrozar la estructura del volumen que edita, comenzando por el recuento de sus romances, que plantea no pocos problemas, para concluir que suman un total de 1107 (pág. 109). Conviene leer con detenimiento el apartado entero para comprobar que «las cuentas cuadran» pero, contra lo que pudiera parecer, «no sin trabajo» (pág. 110). Como fuera, por fin sabemos de cuántos romances consta el *Romancero General* de 1604, que no es poco. Realizado el conteo, Carreira acomete el estudio de la historia del texto, lo que llama sus «avatares editoriales» (pág. 110), y ofrece la que nos parece su aportación más brillante: postula, por primera vez, que de este *Romancero General* de 1604 tuvieron que salir dos ediciones distintas pero destinadas a pasar por una sola: «ambas pudieron pasar por edición única sin someterse a nueva comprobación de

fideliad al original, y la maniobra quedó inadvertida hasta hoy» (págs. 115-116). En un brillantísimo ejercicio de bibliografía material, más de cinco siglos después Carreira pone al descubierto la trampa legal realizada por el impresor Cuesta para sacar una edición contrahecha del *Romancero* sin tener que abonar su correspondiente licencia.

Si un estudio preliminar debe tener por objeto poner al lector sobre aviso de lo que va a leer, pocos lo cumplen como este. No se detiene en lo ocioso ni repite lo ya dicho, y todo en él se nos da ordenado hacia la mejor comprensión de los textos y su conjunto. Viene a completarlo, en apéndice al tomo segundo, el imponente aparato de notas a los poemas, que ocupan nada menos que las páginas 1145 a 1376. Ciertamente una edición facsimilar no puede ser también crítica en sentido estricto. Ello no quita para que, en el caso del *Romancero Nuevo*, anónimo y difundido en tantas versiones tan desiguales, sea necesario para su estudio conocer la tra-

dicción impresa y manuscrita de los textos, que Carreira ofrece dando, cuando procede, el cotejo con otros testimonios. Junto con ello, ofrece de cada romance su tema y descripción, que facilitan la lectura de unos textos no siempre tan sencillos como su metro pudiera dar a entender. De resultas, este apéndice crítico en nada se parece a esos a los que en otro lugar se ha referido el editor como espantavillanos, sino que es una herramienta clara, limpia y manejable, de fácil consulta durante la lectura pero que tampoco la interrumpe.

La obra, en fin, coordinada por José J. Labrador Herráiz para el Frente de Afirmación Hispanista, viene a sumarse a tantas ediciones que han hecho de este sello uno de los más prestigiosos en materia de romancero sin desmerecer de ellas. Su impresión es limpia, la edición cuidadísima y los dos volúmenes se resultan cómodos para el manejo. Poca duda nos cabe de que a partir de ahora, como sucede con las *Flores* y Moñino, se citará el *Romancero General* de 1604 por Carreira.